

Panorama económico latinoamericano

Haití, el más pobre de los pobres

MODESTO SEARA VAZQUEZ,
UNAM

Las pinturas de un grupo de artistas que han hecho escuela, la denominada "naif" haitiana, están llenas de color y de alegría y en muchos casos seguramente que pintores más conocidos pondrían gustosamente su nombre al pie de algunos de los cuadros que se venden a precios irrisorios, o no tan irrisorios, pero muy bajos para su calidad.

Pero Haití, que podría haberse convertido en una especie de paraíso, con una economía no muy poderosa, pero suficiente para permitir a los haitianos una vida agradable, es acreedor hoy al lamentable honor de ostentar el último lugar de los pobres de América Latina y, de entre un total de 169 países, el ingreso per capita del año 1979 lo dejaban en el lugar 144.

Todavía luchando por llegar a los 300 dólares per capita, Haití se debate en las manos de una burocracia ineficiente y corrupta, cuya única preocupación es, evidentemente, la de sobrevivir en el reparto de las migajas de una economía destrozada. Este desgraciado país parece llenar todos los requisitos para aspirar al título de pobre, con 70% de la población analfabeta, 70% de la población activa trabajando en la agricultura. El único recurso mineral de alguna consideración es la bauxita, que exporta sin posibilidad de transformarla, debido a la falta de energía eléctrica. La bauxita, junto con el café y el azúcar son los productos de exportación dignos de tomarse en cuenta; el resto apenas contribuye a las ganancias por exportaciones (cacao, cobre, etc.), que en su conjunto contribuyen al 11% del PNB. Balanza de pagos y balanza comercial, son deficitarias crónicamente, y el único punto brillante en el intercambio con el exterior está en los servicios; por las transferencias de dinero que hacen los haitianos, forzados a vivir en el extranjero (alrededor de un millón, de una población total de cinco millones) y como consecuencia también del desarrollo del turismo, que aunque está en un nivel todavía embrionario y lo único que empieza a funcionar.

La angustiada necesidad de divisas y la incapacidad propia de la economía haitiana para obtenerlas, nos hace preguntarnos hasta qué punto el gobierno de "Baby Doc" es sincero en su pretensión de impedir la emigración de haitianos hacia el exterior, ya que no vemos razón alguna para que desee cerrar una fuente tan importante para él, de ingresos de moneda extranjera. De todos modos y dado que el problema de la emi-

(CONTINUA EN LA PAGINA 10)

Panorama económico latinoamericano

(CONTINUA DE LA PAGINA 5)

gración está ligado a la estabilidad política interna, el Gobierno la reprime con la crueldad que es bien conocida. En la emigración, auténtica fuga en busca de posibilidades de existir, debe marcarse una diferencia entre los que consiguen condiciones de vida más o menos estables y dignas (y aquí puede entenderse por qué muchos arriesgan la vida para llegar a Estados Unidos) y los que sólo tratan de disminuir un poco el grado de explotación, como se dijo hace algunos meses en relación con las acusaciones de que el Go-

bierno de Haití toleraba o era cómplice, de las condiciones de virtual esclavitud en las que se encontraban los trabajadores temporales haitianos, que iban a desempeñar labores de temporada en la agricultura dominicana.

Sin reformas estructurales profundas, la asistencia económica que le llega procedente de instituciones como el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento o el Fondo Monetario Internacional (con esta última se iniciaron las conversaciones en diciembre de 1979 y se prolongaron por la incapacidad de

Haití, de llenar las condiciones que se le ponían) no servirán más que para mejorar la economía haitiana. Los 137.000.000 de dólares otorgados en 1980 e incrementados en 20 para 1981, sólo contribuirán a elevar la carga de la deuda externa haitiana.

El caso de Haití no es aislado, sino que tiene paralelo en muchos otros países subdesarrollados, en donde las élites dirigentes engordan con el pretexto de la ayuda que les conceden los países ricos. En todo caso, se trata de valores entendidos (cuando no de

acuerdos expresos) y ni los países ricos ni muchas de las instituciones internacionales de asistencia están interesados en las transformaciones estructurales, indispensables para salvar a los pueblos de los países pobres; sino que lo único que buscan es la estabilidad política, que significa mantener en el poder a las élites exploradoras, es decir se asegura, paradójicamente, la inestabilidad. Esto puede ser un error de planteamiento, muy grave para los países ricos; pero para los pueblos de los países pobres, como Haití, es un desastre total.